
Dilemas de la construcción democrática. Una mirada desde Venezuela

RIGOBERTO LANZ

El presente texto, escrito en marzo de 2002 (justo un mes antes del golpe de Estado), es una *trilogía* que fue originalmente concebida como parte de un esfuerzo colectivo por pensar, con urgencia, la realidad política de Venezuela y América Latina. El tiempo real en el que ha sido elaborado este texto ha sobrepasado, una y otra vez, el ritmo y las previsiones del autor. De cualquier modo, en algún momento hay que colocar punto final, aun cuando sepamos que todo recomienza... caóticamente.

El trabajo de interpretación de tendencias en el seno de los procesos socio-políticos es clave en la definición de orientaciones para la acción, en el diseño de escenarios, en la anticipación de situaciones y su impacto en la conformación de fuerzas de diverso signo. Es esencial no confundir una tendencia con un *dato*. Una cosa es una propensión y otra cosa es una realidad establecida. No se puede confundir una proclividad con una *realidad* cristalizada. En lo que sigue nos ocuparemos justamente de tendencias, es decir, insinuaciones y matices que pueden, para bien o para mal, cristalizar en hechos constituidos de forma permanente.

I. ENTRE LA PESADILLA Y LA UTOPIÁ. TENDENCIAS (INQUIETANTES) DEL PROCESO POLÍTICO

Tendencia a una sobreideologización en la conducción política

En tiempos del *fin de las ideologías* no deja de ser curioso el entusiasmo con el que algunos sectores verbalizan convicciones y aspiraciones. En estos momentos de la historia política de la humanidad no hay espacio para proyectos *ideológicos* (en el sentido fuerte de valores orgánicos materializados en voluntad política). Todo empeño por construir fuerza política en clave *ideológica* es un anacronismo que dura justo el tiempo en el que el poder se desgasta. La insistencia en identificarse *ideológicamente* (y hacer lo propio con enemigos y adversarios) constituye un límite severo para construir

tejidos sociopolíticos que hagan sostenible y duradero cualquier proyecto de cambio. La *sobreideologización* en la conducción política lleva a privilegiar criterios, lealtades e ideas matrices que obstruyen de modo muy grave el diseño de estrategias exitosas para impulsar cambios verdaderos (una cosa son intenciones de cambio y otra producir cambios de verdad).

Tendencia a una sobrepolitización de la gestión pública

Es visible en la actualidad una fuerte propensión a sectarizar la gestión del Estado por la vía del copamiento de la función pública. Este proceso va parejo con una dificultad estructural para impulsar transformaciones efectivas en el aparato estatal (foco de corrupción e inoperancia a lo largo de este medio siglo de inopia «democrática»). El gobierno ha heredado un funcionariado tan extendido como inútil. La dinámica de sustitución de parte de este funcionariado muestra claramente el imperio de criterios pragmáticos y clientelares que se acentúan con la profundización de la crisis de gobernabilidad. Es obvio cómo repercute esta tendencia en el conjunto del desempeño del Estado: ineficiencia crónica, mediocre calidad de gestión, corrup-telas de todo género, insostenibilidad de programas y proyectos, intangibilidad de resultados.

Tendencia a confundir reforma con revolución

El camino político de las «reformas» ha sido siempre controvertido, sea que esté planteado en el terreno microfísico de los espacios institucionales discretos, sea que se plantee en el marco de modelos societales más inclusivos. Esa controversia —con ribetes teóricos muy complejos y con apuestas coyunturales muy disímiles— está presente de algún modo en el debate político de Venezuela y América Latina.

No obstante, de lo que se trata ahora es de ponderar el desempeño de una gestión de gobierno *que no tiene planteada una ruptura radical* con la lógica de la sociedad existente. Por tanto, los márgenes de negociación para llevar adelante programas de reformas en distintas áreas deberían ser objetivamente muy amplios.

A pesar de ello, el formato político-comunicacional que caracteriza a los operadores del gobierno se pone en escena con altísimos costos por una mezcla de torpezas, ingenuidades y confusiones. El resultado inmediato es una situación de entramamiento generalizado de la gestión pública, una sobreten-sión del escenario político, una degradación del clima de gobernabilidad que es vital para la realización práctica de cualquier programa de reformas. A quien conviene una atmósfera de estabilidad política es al gobierno. A los opositores les favorece justamente el clima de crisis e ingobernabilidad.

Tendencia a reproducir el *sistema nacional de corrupción*

Desde hace ya varias décadas hemos caracterizado el fenómeno de la corrupción como una verdadera subcultura, no como un episodio de «corrupción administrativa», sino como un sistema estructurado, con profundas raíces en la sociedad, con un nicho discursivo de justificación, con un enorme espesor de «normalidad». A partir de aquí es fácil derivar que la corrupción en Venezuela y el continente no se resuelve con instrucciones burocráticas ni con apelaciones vacías.

La lucha contra la corrupción ha adquirido en los últimos tiempos la dimensión de una gran reivindicación política, tan elevada como la lucha contra la violencia o la pobreza. Sin duda, ha sido ésta una de las banderas más rentables en la legitimación política del gobierno en los primeros momentos de euforia y popularidad.

¿Cuál es el panorama actual en este ámbito? Parece claro que el gobierno ha perdido la iniciativa en la estrategia de lucha contra la corrupción, en parte por una evidente inoperancia en el tratamiento concreto de este asunto, en parte también por la peligrosa generalización de esta enfermedad en el seno de la nueva elite.

Más allá de la manipulación politiquera de los «denunciadores de oficio», descontando el uso instrumental que hace de esto la derecha, queda un saldo neto en el que la gestión del Estado se coloca bajo sospecha: las prácticas del pasado siguen intactas, los vicios se reproducen impunemente, las arengas de probidad caen en el vacío.

Es obvio prefigurar un cuadro de progresiva deslegitimación de la bandera política anticorrupción. Es fácil derivar la paradójica inversión de un capital político muy elevado en factura política que se paga. Estamos hoy justamente en este patético tránsito sin que se observe alguna operación de envergadura que haga creíble para el grueso del país que el gobierno se toma en serio la lucha contra la corrupción.

Tendencia a la burocratización

El Estado es un entramado de prácticas, de sistemas y procedimientos; es una mentalidad, un régimen discursivo; es decir, el Estado es, en sentido estricto, una *lógica*. El riesgo más temible de esa *lógica* sustantiva es la burocratización: de las prácticas, de los modelos, de los discursos, de las mentalidades. El efecto más devastador de esa *lógica* burocrática es la increíble capacidad de anulación de iniciativas, de energías creadoras, de proyectos de reforma. Los talentos políticos más radicales y la voluntad política más enérgica pueden ser neutralizados por la casi infinita capacidad *reproductora* de la *lógica* burocrática del Estado.

Es fácil colegir que la modesta visión organizacional de la nueva elite

política, junto con la igualmente débil voluntad transformadora del funcionariado público, producen resultados mediocres frente a la *lógica* burocrática de ese Estado.

Esta perversidad podría pasar desapercibida si no fuera por el enorme impacto que genera en la calidad de la gestión pública, en la producción de resultados, en la ejecución de proyectos, en las rutinas cotidianas del oficio de gobernar. El marasmo burocrático anula en la práctica las expectativas de cambio publicitadas en formato «revolucionario». La brecha insalvable entre un discurso «revolucionario» y un aparato estatal intacto se traduce de inmediato en costo político. No es en absoluto casual la imagen de inoperancia e ineptitud que proyectan, sin excepción, todas las instancias gubernamentales. Voluntad, consignas y espíritu de cambio quedan atrapados en las madejas burocráticas de un Estado que permanece intacto luego de tres años de apelaciones «revolucionarias».

Tendencia a fabricar enemigos

En el terreno de la gestión política propiamente dicha toca a un gobierno imbuido de un halo transformador y depositario de un inmenso respaldo para impulsar cambios, garantizar condiciones políticas de gobernabilidad, instaurar reglas de juego que hagan viable, con el menor costo posible, los distintos programas de transformación. La generación de espacios de viabilidad del cambio es una condición política del proceso, no una graciosa concesión diplomática. Hacer viable un programa político quiere decir generar las condiciones efectivas para su materialización. Un factor clave en ese camino es la *capacidad* para generar aliados y neutralizar adversarios; allí se juega el *arte* de incluir, minimizando la fuerza de obstrucción del «enemigo». No es una cuestión menor en política la habilidad —performatividad— para negociar conflictos, salvar obstáculos, manejar contradicciones y antagonismos. La capacidad de generar adhesiones y simpatías hacia un proyecto político tiene que contrastarse con la curva de desgaste y generación de opositores. En las condiciones actuales es visible y notorio el cuadro de acelerada erosión política del gobierno y la tasa exponencial de fabricación de enemigos (muchos de los cuales se granjean de forma torpe y gratuita). No se trata de huir de los conflictos, sino de saber manejarlos; tampoco de omitir decisiones, sino de saber tomarlas. Así, la cuestión no es el temor a tocar intereses, se trata de encararlos de verdad (y no tanto proclamar que se hará; como solía decir Jean-Paul Sartre: «siempre es más fácil proclamar que se transforma que transformar realmente»). Generar alianzas, negociar conflictos, atravesar turbulencias, garantizar la permanencia de cambios en curso no son rasgos accidentales de un modo personal de hacer política, al contrario, es la condición más consustancial a la oportunidad misma de cristalizar una experiencia política de cambio.

Tendencia a la pragmatización

Tan nefasta es una política que habla sólo de «principios» como aquella que prescinde de toda filiación ética, de todo fondo de justificación. En el cuadro deprimido de la cultura política de la región y en el modo de aluvión e improvisación como se han sustituido las elites en Venezuela, es fácil derivar una dificultad severa para hacer corresponder prácticas concretas con marcos normativos, ejecutorias políticas con paradigmas ideológicos. En consecuencia, lo que tiende a imponerse es una dualidad patética: por un lado, un anacronismo «ideológico» lleno de lugares comunes y exhibidos a la usanza de la izquierda más decadente (allí tenemos mezcolanzas y pintoresquismos que van desde las antiguas configuraciones del estalinismo hasta ensalzamientos «bolivarianos» carentes de toda pertinencia teórica); y por otro lado, nos encontramos con la pragmática pura y dura de los acomodados en los aparatos burocráticos. De esa combinación no puede esperarse sino un reforzamiento del *status quo*, poco importa si su escenificación se hace con un palabrerío *revolucionario*. Mientras el tiempo transcurre, en la medida en que los encantamientos ceden paso a la «*réelle politique*», se van desvelando las poses «ideológicas» y adquiere cuerpo la instrumentalización de todo. Dada la mediocridad reinante en todos los espacios (en parte ignorancia radical, en parte oportunismo) es fácil prever un ensanchamiento de la brecha entre *pensamiento crítico* y gestión de gobierno.

Tendencia militar-populista

No debe extrañarnos que en Venezuela y América Latina resuene la imagería militar en los discursos políticos, pues hay un suelo cultural impregnado de mitos y leyendas que resultan funcionales a cualquier oratoria de este tipo (tal vez la ilustración más patente de esta reverberación es la persistencia de una imagen positiva de la obra del dictador Marcos Pérez Jiménez en la conciencia popular de toda una generación). En Latinoamérica la experiencia del militarismo ha dejado una negra estela de desastres en todos los órdenes (tanto en la versión reaccionaria de dictaduras siniestras, como en los experimentos nacionalistas de inspiración «progresista» al estilo de Velasco Alvarado en Perú, por ejemplo).

Hay un sustrato político-cultural que se acomoda bien a la soflama cívico-militar; en parte por el estruendoso fracaso de la partidocracia en medio siglo de *borrachera democrática* (Alain Minc), en parte también por la ausencia de instrumentos políticos idóneos para dirigir el proceso de transformación.

Prospera así una tendencia a copar los cargos públicos con funcionarios militares, y al mismo tiempo, la irradiación de una suerte de *subideología* donde lo militar aparece impropriadamente sobrevalorado.

Cabe anotar adicionalmente la peligrosa combinación de esta visible tendencia con un substrato autoritario que reposa en nuestra sociedad, producto de prácticas, discursos y representaciones —machismo, racismo encubierto, etc.— largamente asentadas en la *psicología social* del pueblo, de las capas medias y de la oligarquía toda.

Tendencia al aislamiento, la desesperación y la intolerancia

Es claro que en la situación política actual uno de los retos más difíciles para el gobierno es garantizar las condiciones de *governabilidad* para la ejecución de sus propios planes. Ésta no es una «concesión» ni un dato de estilo; el gobierno está *obligado* a generar un clima de viabilidad para la concreción de proyectos, una atmósfera de confianza para facilitar desarrollos económicos, un ambiente de convivencia política para negociar conflictos. Sin esas condiciones mínimas la situación se degrada inevitablemente, y esa degradación sirve principalmente a los planes e intereses de la ultraderecha.

Un estilo reduccionista y simple, aderezado con un tono de pugnacidad y hostigamiento, producen un efecto artificial de crisis que se vuelve implacablemente contra el gobierno. La diatriba frente a los medios de comunicación es un claro ejemplo del manejo equívoco de una política en este ámbito: tanto la que se produce por cuenta propia (que ha sido en la práctica una sucesión de fiascos), como la que se genera hacia el actual sistema de medios (que ha terminado por dividir al país en *dos bloques*).

Hay suficientes síntomas en el ambiente político que evidencian un severo obstáculo en el seno del gobierno para generar alianzas y neutralizar adversarios, para rodearse de la mejor gente y cautivar a las zonas intermedias de la sociedad. El «apoyo popular» con el que tal vez cuente el gobierno puede servir —en el límite— para sumar votos, pero resulta bastante inútil para construir todos los días un nuevo modelo de sociedad.

Tendencia al endurecimiento, la violencia y la «radicalización»

El clima de hostilidad reinante sugiere un cuadro ficcional en el cual el gobierno habría decidido profundizar el contenido anticapitalista de su proyecto ideológico tomando medidas como la *abolición de la propiedad privada*, la prohibición de toda religión (pues todas son el *opio del pueblo*), una declaración de guerra a la globalización y una beligerante política de alianzas con Libia, Irak, los palestinos y los talibanes. Se entendería que en semejante contexto el tono del discurso habría de ser, precisamente, un lenguaje de guerra.

Pero resulta que los modestos planes del gobierno venezolano no incluyen ninguna de esas extravagancias políticas. Se trata más bien de un rea-

lista *programa liberal de modernización*, eso sí, escenificado en una atmósfera de los años sesenta. El resultado más notorio de esta paradoja es justamente un enrarecimiento bastante artificial del clima político, atribuible en primera instancia a las torpezas del gobierno (desde luego, la derecha saca el mayor provecho de estos errores).

La mentada «radicalización» termina siendo un arrinconamiento del gobierno que es llevado a la necesidad de subir el tono beligerante del discurso para mantener el vínculo carismático con las masas. ¿Qué es lo que se radicaliza?, ¿para obtener qué?

Es por lo menos curioso que una fuerza política con un poder inmenso (hace tres años), con una partidocracia desmantelada y con una derecha aturdida y agazapada, se ve obligada a «radicalizarse». Este aparente contrasentido se explica porque tal «radicalización» es básicamente un quebranto del consenso político, una sensible recuperación de la derecha, una equivocada confrontación mediática que sustituye los solapados antagonismos de la sociedad.

Este camino no tiene nada de original, salvo la velocidad con la que se desperdicia un capital político. Hay una pérdida neta de oportunidades y un replanteamiento del mapa político que era impensable hace apenas dos años. Ello indica con toda claridad que la tasa de desgaste del gobierno rebasa todo cálculo. A este ritmo de deslegitimación es fácil pronosticar desastres, atizar los rumores catastróficos y colocar al gobierno a la defensiva. Lo grave es que desde las cúpulas del poder político no se ve otro camino para retomar la iniciativa que gritar más fuerte para arengar a las masas. Entre griterío y griterío se descarrila el proceso. Una cosa es excitar a la multitud para arrancar ovaciones (y eventualmente votos) y otra cosa es construir en cada palmo del tejido social otro país, otro Estado, otras relaciones sociales, otra cultura, otro sentido de la vida. Sin el fervor popular esto no es posible, pero a fuerza de fervor nos hundimos lentamente.

* * *

¿Están estas tendencias inscritas —como una maldición— en el alma de la sociedad? ¿Es fatal que el proceso esperanzador que se ha abierto termine en frustración? ¿Hay un modo de evitar el desastre previsible de una *nave en curso de colisión*?

II. SEÑALES DE ALARMA. TENDENCIAS (PELIGROSAS) DEL CONSERVADURISMO POLÍTICO

Tendencia al histerismo político

Es típico en todo el mundo un comportamiento político motivado visceralmente en la antipatía. Muchos sectores despolitizados, sin ningún espe-

sor cívico, con una cultura política básicamente plástica, son fácilmente irritables para las acciones de calle (sobre todo si tales acciones comportan el perfil de entusiastas caravanas sabatinas). Hay segmentos de la población que siguen este patrón típico: sin experiencia política, sin proyecto de ningún tipo, sin liderazgo que oriente, sin plataforma que regule. De allí nace una tendencia (amplificada por efectos *massmediáticos*) a asumir la política como rabieta, como catarsis de odios y antipatías nacidas de los oscuros fondos de un conservadurismo que se expresa todos los días en cada plano de la vida cotidiana pero que hasta ahora no había sido convocado al espacio público.

El histerismo político introduce una irracionalidad completamente inmanejable en cualquier negociación, siendo un combustible muy eficaz para la degradación del clima de convivencia democrática indispensable en la coyuntura actual. Si bien es ésta una tendencia esencialmente reactiva, preocupa el trasfondo psicosocial que la impulsa, el lecho valórico que la hace posible. No hay dudas que estamos en presencia de un suelo ideológico-cultural entrenado en el conservadurismo (sea éste de carácter religioso tradicional o simple alienación *McDonalizada*)

Tendencia a las mezcolanzas

Nada es más revelador de la idea de *crisis* que los empujes ideológicos que resultan de exaltadas verbalizaciones de odios y antipatías en busca de correlatos políticos, de resentimientos y pulsiones viscerales queriendo estamparse en consignas y banderolas. Mezcolanzas de sentimientos y mentalidades, de repulsiones y valores sueltos, de chisporroteos de la realidad con *traducciones* bien acomodadas a los climas de irritación de las muchedumbres. El griterío de las multitudes es el mejor trasfondo para fomentar la confusión, la opacidad, las medias verdades, las manipulaciones de todo género.

La táctica de mezclar todo con todo da resultado justamente en ambientes embochinchados por las tensiones políticas. Allí no hay tiempo para establecer los hechos, para guardar las distancias, para evitar las simplificaciones, para los matices y la complejidad. La derecha venezolana y latinoamericana (a diferencia de la derecha europea) no tiene ni pensamiento, ni tradición democrática, ni experiencia en el manejo directo de los asuntos públicos. Como nunca ha sido una verdadera elite, entonces se ha hecho representar en el Estado, en los Gobiernos, en el espacio público. En estos contextos la derecha política siente vergüenza de su genuina denominación de *derecha*. Por ello apela a subterfugios y disimulos buscando desesperadamente pasar por otra cosa: «sociedad civil», «sectores independientes», «el orden», «las instituciones».

Los dispositivos *massmediáticos* hacen el resto. Las mezcolanzas hacen de las suyas precisamente en la manera como la «opinión pública» sustituye en los hechos a los operadores políticos convencionales. Allí la táctica de confundir mezclándolo todo rinde sus frutos. Se trata de construir esta-

dos de opinión sobre la base de instrumentar la visión de la gente en un sentido determinado. La bruma que resulta de las mezcolanzas sirve funcionalmente a campañas bien orquestadas para producir matrices de opinión. Está por verse la capacidad de estos dispositivos para impactar el comportamiento político en los sectores populares. Donde parece funcionar con relativo éxito es en aquellos sectores medios ultraconservadores, paradigma de la idiotez consumista del *Hombre unidimensional* descrito por Herbert Marcuse.

Tendencia a rechazar en bloque toda señal de cambio

El estereotipo de oposición a ultranza forma parte de los perfiles políticos en el mapa venezolano y latinoamericano tradicional. Esta exacerbación es especialmente patente en un clima general de exclusión donde el debate (por muy agrio que parezca) tiende a ser sustituido por el insulto y la intolerancia. Cuando las pulsiones irracionales copan la escena, los operadores políticos se sienten exonerados de pensar, de elaborar argumentos, de esgrimir salidas, de diseñar proyectos. Todo se facilita con el maniqueísmo de un *anti* que opera como soldadura frente a cualquier duda, motivación o marcha atrás. Pensar en bloque, actuar en bloque, rechazar en bloque («no importa lo que digas, yo estoy en contra»), es típico de un comportamiento político que ha renunciado al inevitable compromiso de negociar, consustancial a la política; es un estado de malestar colectivo en donde cuesta mucho introducir criterios de intermediación, formas de salir adelante, acuerdos transitorios.

Cuando se trata de un conservadurismo recalcitrante que se ha visto obligado a desenmascarse, entonces se destapa una construcción ideológica alérgica a todo cambio, una mentalidad reñida ontológicamente con toda manifestación libertaria y heterodoxa (lo mismo en la política que en la sexualidad; da igual en la ciencia que en la música). Esta tendencia primitiva y pre-política está presente en muchos escenarios donde el salpicado espectro de la oposición busca posicionarse. No podría decirse que toda la derecha sufre de esta enfermedad. Lo que sí es evidente es la presencia activa de estos rasgos en discursos y actuaciones de la oposición.

Tendencia a confundir intereses privados con «el interés nacional»

Los sectores dominantes de todos los tiempos han jugado siempre con el rentable truco de hacer pasar sus específicos intereses como si fuesen los intereses de la humanidad. Sutil o groseramente, este subterfugio ha sido empleado por burguesías, oligarquías, partidocracias y todo género de agentes de dominación. El ardid funciona porque de hecho hay una zona borrosa en la que muchos valores, ideas, propósitos de todo tipo juegan un papel

de *sentido común*. Si no existiese previamente una mentalidad instalada en la gente, esta manipulación sería desvelada de inmediato por cada ciudadano. Pero la cruda realidad nos indica que las cúpulas dominantes fundan la eficacia de su discurso en la mentalidad de la gente que consume esos discursos; no de forma lineal y automática, desde luego, pero tendencialmente esta lógica termina ganando la partida porque es funcional a la reproducción de todas las redes de poder.

En la convulsionada coyuntura política de estos días, es relativamente fácil el «cambalache» de posturas y discursos que se disfrazan de cualquier cosa; tal vez la estafa más recurrida sea este insólito *caradurismo* de flamantes dirigentes dando lecciones de moral pública, de espíritu democrático y tantas otras hipocresías.

Por otro lado, habría que preguntar: ¿Cuál es ese *país* respecto del cual el empresariado puede legítimamente sentirse su defensor? ¿A qué *país* defiende la gente del sindicalismo? ¿Es el mismo *país* que tiene en mente la cúpula de la iglesia católica, por ejemplo?

Parece obvio que el *país* es un dispositivo de usos múltiples que opera como *comodín* para vehicular intereses contradictorios. Que tales intereses existan objetivamente no tiene nada de pecaminoso, lo sospechoso es que muchos sectores se desvivan tanto por disimularlos en nombre de la *nación*.

Tendencia a violentar toda regla de juego

El conservadurismo político, sobremanera aquél que se articula muy fuertemente a intereses socioeconómicos, no juega limpio. Sería ingenuo esperar compromisos y lealtades formales a la Constitución, al Estado de derecho, a la institucionalidad y figuras parecidas. La derecha más recalcitrante está dispuesta a todo. Ha sido así históricamente (sobran los ejemplos), no hay límite real a esa actuación que no sea la fuerza. Eso quiere decir que las tentativas irracionales de recurrir a la violencia están siempre en la agenda. No es sólo especulación la reiterada mención al fantasma de «golpe de Estado» y fórmulas similares. Se trata en el fondo de una constatación que debe ser tomada en serio: los sectores más retrógrados de la sociedad (en las fuerzas armadas, en la iglesia, en el empresariado, en la partidocracia destronada, en el ámbito intelectual, en los medios de información y en el conjunto de una población muy depauperada en términos éticos-políticos) abogan por una salida fascistoide del *impasse* político actual. Los sectores moderados de la oposición y la fuerza visible que ostenta el gobierno han sido hasta ahora los límites para evitar el desbordamiento violento que aquellos sectores están propiciando. El respeto al juego democrático es un recurso de demagogia mediática para grupos que han actuado históricamente con la mayor impunidad. Mientras no se vean obligados a desnudar sus verdaderas motivaciones la hipocresía de la «institucionalidad» jugará su papel. El problema es que hoy

estos sectores se sienten efectivamente amenazados, pues han perdido los tradicionales mecanismos de reproducción de sus intereses.

Tendencia a olvidar de dónde venimos

No hay un olvido más útil para el conservadurismo cómplice de este medio siglo de desastres que hacerse el distraído respecto a la realidad brutal de un país y una región devastadas por el pillaje y la ineptitud de una partidocracia parasitaria y de una burguesía igualmente devaluada que ha vivido largamente a costa del Estado. Por el *cambalache* reinante parecería de repente que la situación actual es una perturbación de un país y una región idílicas que venían desarrollándose y progresando incesantemente hasta que unos bárbaros interrumpieron esta marcha triunfal. Esta ficción de país y de región está instalada en la mentalidad de una franja de antichivistas histéricos. Funciona como consuelo para muchos que todavía no han asimilado la derrota sufrida hace tres años. Funciona también como motivación activa de sectores que añoran los privilegios del pasado con una nostalgia más que comprensible. En todos los casos, de lo que se trata es de una operación ideológica que está al descubierto: inversión de la realidad, lectura distorsionada de los hechos, versión autocomplaciente de una historia contada para quedar siempre bien.

Tendencia a confundir cúpula con elite

El debate sobre las elites (las viejas y las nuevas) no transcurre en el vacío. Contextos hay de sobra: una estampida de los viejos modelos partidocráticos; un desencanto de las ilusiones utópicas y de las promesas del *progreso*; una crisis severa de los paradigmas de las ciencias políticas; un fracaso rotundo de todas las tentativas de resolución del drama de la pobreza, la violencia y la exclusión. Pero, además, en Venezuela y América Latina estamos todavía en el corazón de un colapso estruendoso de un modelo político cuya verdadera esencia es el pillaje. La descomposición generalizada del régimen de partidos de este medio siglo de coartada *democrática* está en la base de la turbulencia y desasosiego de este naciente experimento de *democracia participativa*.

En Venezuela y Latinoamérica asistimos a una prolongada decadencia del concepto de *elite* (intelectual, cultural, ideológico-política, tecno-económica, etc.); en su lugar han funcionado *cúpulas* apáticas segregadas por la lógica pura y dura del poder: una *lumpen-burguesía*, una burocracia sindical y gremial, así como un funcionariado cultural parasitarios del Estado; una partidocracia estructuralmente corrupta y quintaesencia también del parasitismo del Estado; una amplia franja social intermedia engordada duran-

te décadas bajo el modelo de petrodólares de acumulación rápida. Paradigmática resulta la configuración psicosocial de esta fracción de la pequeña burguesía tropical: falso cosmopolitismo, consumismo cursi, ignorancia enciclopédica, su horizonte de felicidad es Miami, racista sin disimulos y oportunista en todos los terrenos.

Conclusión a la vista: elites, elites, lo que se llaman elites, aquí no hay. Eso sí: cúpulas abrazadas intensamente a los aparatos de Estado... esas sí abundan.

Tendencia anticomunista mezclada con dosis de racismo

La subideología del anticomunismo es un paquete integral que incluye —según los casos— componentes propiamente políticos, valores culturales, dispositivos religiosos, narrativas acomodadas sobre la historia y un sinfín de ingredientes que desembocan en la formación de una mentalidad. Más acentuadas en unas épocas que en otras; más beligerantes en unos países que en otros; con brutalidad o sutileza según cada contexto.

En Venezuela y América Latina tenemos varios tipos de anticomunismo. Todos con el denominador común de una inmensa ignorancia respecto a las filosofías políticas en juego y una hostilidad visceral o todo lo que huelga a *izquierda*. Entre las distintas variantes de anticomunismo, destaca en estos días una versión ultra-reaccionaria producto de una patética mezcla de racismo (con todas sus miserias), estilo mayamero, discursillo frívolo y boberías de *sociedad civil*. Esta fracción de la derecha deriva fácilmente hacia bandas fascistoides. De allí se han alimentado en todo el mundo los movimientos políticos más siniestros. *Motorizados* caras pintadas, con cadenas e indumentaria de cuero negro, son datos de una iconografía ya vista en todas partes, donde la descomposición ético-política levanta los oscuros fondos de la decadencia y el atraso. Aquí no hay grupos sino bandas, no se trata de movimientos sino de facciones; allí no hay ideas sino prejuicios, dogmas y fanatismos. Pregúntese usted mismo qué podría esperarse de tendencias de este género.

Tendencia revanchista: la insoportable derrota

La partidocracia y sus derivados (burocracia sindical y gremial, monopolios de toda clase en las áreas económicas, mafias y roscas enquistadas en el Estado) no terminan de asimilar el terremoto político que destronó a las viejas elites de las diferentes esferas de poder. Una camarilla dirigente corrupta y radicalmente incapaz quedó perpleja y aturdida desde hace tres años. Parte de estos viejos aparatos recién comienzan a sacar sus cuentas y a entender un poco el significado de lo que ha ocurrido en este breve lap-

so. Muchos dirigentes y grupos de la vieja guardia hacen un notable esfuerzo por sintonizarse con esta nueva realidad.

Pero persiste una tendencia que no termina de asimilar la derrota infligida ni las causas profundas de una crisis generada por su propia decadencia. Estos sectores ultraconservadores de la vieja partidocracia han pasado muy rápidamente de una fuerte clandestinidad vergonzante al estrellato de un protagonismo inusitado. La picaresca tropical ilustra este síndrome en un restaurante de Miami donde concurren solícitos los abnegados patriotas perseguidos por la justicia, banqueros corruptos, políticos autoexiliados temerosos de algún auto de detención, sufridos locutores de televisión contando su leyenda de la «persecución» y variados politiqueros que pululan por allí con su mala conciencia a cuestas. Esta misma fauna la encuentra usted en Venezuela, por ejemplo, practicando su deporte favorito: haciendo «gabinetes de transición» todos los días.

Tendencia a escamotear los cambios

Hay sectores de la oposición que boicotean cotidianamente las iniciativas de cambio en todos los niveles: funcionarios sobornados, empresarios que practican el mismo principio del soborno para cualquier gestión, sindicaleros que manipulan para obstruir cualquier proceso. No hay que ser demasiado original para reproducir por simple inercia los vicios burocráticos y las corruptelas que por tantos años se han hecho «normales» en el funcionamiento de la sociedad. Basta hacer las cosas «como siempre se han hecho» para generar una resistencia sorda y pasiva contra cualquier voluntad de cambio; no hace falta postular un programa político ni desvelar las intenciones soterradas de estos sectores. El sentido común dominante es el mejor aliado de este conservadurismo.

Pero si el cuadro político se descompone y el gobierno pasa a la defensiva en el terreno de los cambios verdaderos, entonces es mucho más fácil valerse de cualquier coartada «democrática» para escamotear las experiencias de transformación.

* * *

¿Hay espacio para un nuevo liderazgo en el seno de la derecha? ¿Están condenados los grupos de oposición a reproducir las tendencias antes descritas? ¿Hay espacio para una política de centro que neutralice esta irracionalidad?

La construcción de un clima de convivencia democrática supone un contexto en el que predomine un debate denso, dentro de un espíritu respetuoso y constructivo. La generación de una atmósfera política de intensa participación donde se movilizan todos los actores sociales, donde afloran los

conflictos pero sin degradar las negociaciones y desde la que se explicitan los intereses contradictorios sin precipitarse en una lógica de guerra, supone la existencia de una cultura democrática con espesor, con tradición, asentada en reglas de juego que todo el mundo practica habitualmente. Implica una sociedad relativamente equilibrada, con una base socioeconómica para la vida ciudadana, con un desarrollo tecnoeconómico donde la sociedad se reconoce (exactamente lo contrario de la exclusión). Significa asimismo un tejido institucional que agencie la mediación entre los ciudadanos y el Estado. Supone, en fin, un liderazgo político con una alta legitimación en el desempeño y transparencia de la gestión política, en la innovación de otras formas de gestión política y en la exploración de nuevos contenidos de las relaciones entre la gente y su entorno.

Ahora bien, ¿dónde está la elite ante los nuevos retos de la política? ¿Qué señales tenemos a disposición que indicarán alguna tendencia en esa dirección? Los antagonismos, contradicciones y conflictos son parte de la vida social, ¿cómo hacer para manejarlos apropiadamente sin la aniquilación simbólica del *otro*?

III. CÓMO PRODUCIR CAMBIOS VERDADEROS GARANTIZANDO CONDICIONES DE GOBERNABILIDAD. TENDENCIAS (ALENTADORAS) EN LA REALIDAD POLÍTICA ACTUAL

Tendencia a revalorizar la política

Un dato recogido en diversos ámbitos y relatado en tono coloquial o en lenguaje especializado es una suerte de repolitización de la sociedad que va de la mano de un interés renovado de la gente por los asuntos públicos (que son también *sus* asuntos). Se trata de un fenómeno difícil de *medir* por la vía de las cuantificaciones empíricas que acostumbra la ingeniería política convencional. Pero puede constatarse en la vida cotidiana mediante una comparación del clima de estos últimos tres años respecto al ambiente de la política en el pasado reciente. Venimos de un rechazo muy extendido a la decadencia de la partidocracia, que puede transfigurarse en una *redignificación de la política* como espacio de ciudadanía. El contraste entre estos dos climas es muy fuerte para consolidar una realidad estable. Por ello asistimos a un ambiente que sólo puede apreciarse en síntomas que suelen ser todavía muy efímeros. Lo importante sería apostar por una reapropiación de la civilidad ciudadana, potenciando una idea de la política deslastrada de la mediocridad e incompetencia del pasado, del secuestro de la voz de la gente, y sobre todo, desmarcada de la desastrosa herencia de la corrupción en todas sus formas y variantes. Más allá del clima de crispación y beligerancia extrema, se observa una positiva inclinación de muchísima gente a hacer de la política un asunto que le compete y, por tanto, a repensar otros

modos de gestión e imaginar nuevas formas de participación, así como a innovar discursos y mecanismos de organización de nuevo tipo.

Tendencia a apostar por los cambios

El movimiento que cristaliza hace tres años en formas muy variadas, expresa de un modo claro la consciencia colectiva de la necesidad de *cam-bio* en todos los planos de la vida social. Ese vasto sentimiento colectivo no es capitalizable automáticamente por los aparatos de Estado o por los liderazgos emergentes. Este inmenso capital político puede dilapidarse por una gestión incompetente (de ello nos hemos ocupado con anterioridad). Pero de algún modo pervive en amplios sectores la esperanza de que las cosas se hagan de otro modo, que las lacras sociopolíticas heredadas se superen, que los vicios del pasado sean sepultados; sobremanera, que esta inmensa máquina productora de exclusión que es el modelo económico neoliberal sea revertido en beneficio de una inmensa masa depauperada. Esta esperanza de cambio se ha expresado claramente en repetidas ocasiones. Este sentimiento generalizado anclado en capas diversas de la sociedad se ha manifestado de modo claro a través de elecciones y otras formas de participación. Hay allí un poderoso resorte para construir una plataforma que *viabilice* la transformación del Estado, la reestructuración del tejido institucional de la sociedad. Sostener la esperanza de cambio no se logra con campañas publicitarias ni con artificios demagógicos. Es preciso conectar la gestión pública con la calidad de la política, con las prácticas ciudadanas, con las aspiraciones de la gente *traducidas* por intermediaciones legítimas. De ello depende en buena medida que esta fuerza movilizadora que es la esperanza de cambio no se convierta en frustración.

Tendencia a recuperar —simultáneamente— un lúcido realismo político y un horizonte de transformaciones verdaderas

Del mismo modo que es tan difícil combinar principios éticos con pragmática de aparato, así también cuesta mucho moverse en política en el filo de las urgencias cotidianas y los proyectos estratégicos, entre las exigencias inmediatas y el horizonte de futuro. Esa dificultad se convierte en un obstáculo severo cuando se trata de valorar los cambios sustantivos, las transformaciones que tocan la lógica profunda del modelo social heredado.

Esta enorme dificultad se traduce muchas veces en una doble degeneración: Una, la pragmatización de la acción política, que atiende únicamente los requerimientos de las conveniencias. Otra, un fundamentalismo paranoico que es incapaz de visualizar la política sin «enemigos» y «liquidaciones». Estas desviaciones no son producto exclusivamente del bajo nivel del

liderazgo político; es preciso reconocer la complejidad de estos procesos y las dificultades objetivas para combinar acertadamente la ingeniería política cotidiana con una visión que conduzca a transformaciones verdaderas. Se trata precisamente de favorecer la tendencia a combinar con lucidez una competente capacidad de gestión inmediata, que aproveche al máximo la coyuntura concreta, con un sentido de la acción que esté dirigido deliberadamente hacia un horizonte de cambios radicales. En eso consiste el arte de producir realidades nuevas en una sociedad urgida de soluciones a problemas dramáticos de pobreza y exclusión.

Tendencia a activar un amplio espectro de fuerzas progresistas

El sectarismo es una suerte de «enfermedad» que atraviesa las más variadas experiencias políticas, agudizada en esta coyuntura por las implicaciones del ejercicio del poder donde tienden a exacerbarse las lógicas excluyentes y los estilos patrimoniales de la vieja partidocracia.

Enfrentar ese sectarismo conduce, entre otras medidas, a forjar plataformas de encuentro y a propiciar alianzas horizontales, acuerdos transitorios y coincidencias más elaboradas en el plano estratégico. Pero ese proceso no viene solo. Es preciso impulsarlo con señales visibles de voluntad de diálogo, con testimonios claros de querer procesar *democráticamente* las diferencias, conflictos y antagonismos.

En el amplio y complejo campo de la izquierda puede propiciarse un nuevo dinamismo confluyente, que saque provecho de tantas experiencias unitarias en los movimientos sociales, dentro de las alianzas de grupos y tendencias, que no oculten los perfiles de cada sensibilidad, sino que centren su atención en proyectos comunes (o parcialmente compartidos). Si logra desplazarse el espíritu hegemónico que conduce al sectarismo entonces se abren compuertas para el trabajo colectivo, se fomenta la participación horizontal, convergen coincidencias libremente consentidas y se generan multiplicidad de acuerdos políticos en todas las esferas de la sociedad. No se trata de ignorar los debates de fondo que evidencian concepciones distintas del proceso político, sino de procesar estas naturales diferencias de modo tal que no se conviertan en rivalidades y disputas que obstruyan la construcción de un polo sociopolítico que *viabilice* las transformaciones en curso.

Este espíritu es clave, además, en contextos severamente afectados por dispositivos de guerra y lógicas excluyentes que paralizan cualquier proyecto de cambio, por muy modesto que éste sea.

Tendencia a generar viabilidad política para las transformaciones

La crisis de gobernabilidad que sacude al país evidencia con mucha claridad las dificultades de los sectores dirigentes para *conducir* procesos de cambio. Ha quedado visiblemente establecido que el gobierno carece de habilidad en el arte de *viabilizar* proyectos, iniciativas y decisiones. En buena medida, esta carencia expresa un problema más de fondo: la dificultad de mezclar dosificadamente los objetivos estratégicos y las tácticas para lograrlos; la puesta en escena y la obra misma; lo que es esencial y lo que forma parte de los métodos, los estilos, los climas.

Se propende con frecuencia a una pendulación que va del pragmatismo ordinario al fudamentalismo dogmático. En tales oscilaciones difícilmente puede construirse una plataforma de viabilidad para que transcurra una gestión de gobierno, entendiendo que es fundamental que su balance acumule un saldo positivo en el camino de los cambios reales (no que haga una «revolución», sino que consolide adquisiciones políticas irreversibles).

Lo importante es recuperar las experiencias puntuales diseminadas en los más variados ambientes del Estado y la sociedad; a partir de ahí, es posible visualizar las sendas de consolidación de los logros, la estabilización relativa de los cambios adquiridos, una cierta irreversibilidad de las lógicas de transformación que logran instalarse. Cambios que dan lugar a nuevos cambios... y así sucesivamente. Hay gente de todas las tendencias que logra articularse sin sectarismos en torno a nuevas experiencias. No es ésta una tendencia generalizada, pero se ha hecho visible en distintos escenarios y puede propagarse si encuentra aliento en los niveles decisorias del Estado.

Tendencia a conjurar la irracionalidad de ciertos extremismos

En otros ámbitos de discusión teórica, se podría profundizar la argumentación que distingue una postura *radical* del extremismo. No son la misma cosa, a pesar que las mezclas y la confusión que reinan en esta coyuntura tiendan a uniformar todo con todo. El extremismo que se observa en esta situación proviene justamente de las tendencias que fueron analizadas en páginas anteriores (tanto en el seno de las fuerzas asociadas al cambio, como en el seno de los sectores más conservadores). En el fondo, lo que está en juego es la introducción de dispositivos de racionalización política en los instrumentos de intermediación de demandas (típicamente representadas en la figura del partido, pero que en América Latina parece atravesar por una severa crisis de legitimidad). Sin la existencia de estos dispositivos de intermediación política es muy difícil el desempeño de las instituciones del Estado en la negociación de conflictos, contradicciones y antagonismos. En ciertos ámbitos —aunque discretos todavía— puede notarse una sensibilidad de los actores políticos en esta dirección. Actores que no se hacen vi-

sibles con contundencia porque el escenario tiende a coparse con la gestualidad belicosa e intolerante de las facciones extremistas, sobre todo en los ámbitos mediáticos que construyen el imaginario colectivo de lo que es «real», de lo que es «deseable», de lo que es «políticamente correcto».

Muchos analistas estiman que la proporción de los sectores políticamente al margen de la lógica de guerra instalada es enorme, difícil de cuantificar justamente por su invisibilidad, por su inorganicidad y por la ausencia de voz en el espacio mediático, que sustituye en los hechos al concepto de *espacio público*. La ausencia de *centro* político —por el desmantelamiento de toda representatividad partidaria desde 1989— no permite el mínimo equilibrio y contención en el despliegue de prácticas políticas con una alta dosis de irracionalidad: violencia gratuita, intemperancia, hostilidad discursiva, descalificación rabiosa, exacerbación de odios de todo género. La derrota del irracionalismo extremista no es una bandera de un sector particular sino la condición de posibilidad de la política misma. Por ello, es preciso favorecer todas las iniciativas que van al encuentro de la moderación política de la situación, desde los llamados al «diálogo» y la «conciliación», que pudieran parecer maniobra de distracción, hasta los esfuerzos más permanentes que van en la dirección de fortalecer una cultura democrática que valora y asume el conflicto y la diferencia como vectores constitutivos de la política.

La consolidación de un *centro político* no es equivalente a practicar una política *centrista*, sino la condición de re-equilibrio institucional de un cuadro atascado por la tensión generada por prácticas extremistas que impiden cualquier desenvolvimiento.

Tendencia a desactivar los dispositivos de guerra

El más dramático conflicto de las democracias emergentes es la rapidez con la que se agotan los mecanismos de negociación, los ambientes de diálogo, la disposición «ánímica» para aceptar las diferencias de los actores en escena. La lógica de la guerra no es en absoluto una «forma de la política», es más bien su negación radical. La guerra es la clausura de la política; es el reconocimiento de una incapacidad (un límite) para tramitar el conflicto, las contradicciones y los antagonismos. Poco importa, a estos efectos, que se haga efectiva una guerra civil propiamente dicha. La lógica política instalada tiene los mismos efectos sobre el comportamiento de los agentes y la dinámica cotidiana de la gente, actúa en el funcionamiento de las instituciones y afecta a la construcción de tejidos intersubjetivos. Se ha instalado una lógica de guerra que regula buena parte de los comportamientos políticos. Parece claro que en el seno de esa racionalidad política toda la energía de los actores se desplaza en clave de extremismo e irracionalidad. Justamente, frente a los factores que alimentan esa lógica de guerra (sectarización extrema de los aparatos de Estado, hostilidad del discurso, escena-

rios de exclusión, recurso a la violencia, etc.) se levanta hoy un movimiento muy extendido en los sectores más esclarecidos de la población que tiene consciencia de la operación perdedora de este género de lógica política (¿quién gana con una guerra civil?). Como hemos indicado ya, esta visión política carece hoy de plataforma operacional; esta postura no cuenta con una visibilidad que pueda convertirla eventualmente en fuerza. Pero la cuestión es poder reconocer una agenda de problemas y una base de argumentación a partir de los cuales impulsar un movimiento de ideas (las ideas terminan impactando, allí donde la sensibilidad no ha cedido al dogma y al prejuicio). Se trata de desactivar los dispositivos de guerra a partir de la afirmación *política* de la negociación, a partir del procesamiento democrático del conflicto, interponiendo un espesor de ciudadanía donde quiera que el extremismo aparezca.

La inexistencia de un centro político con tradición y músculo complica aún más las cosas. Pero es preciso contribuir a hacer visible una sensibilidad que va en la dirección de asumir las diferencias, tomándose en serio el desafío político por excelencia: plantear la convivencia democrática en escenarios atravesados por profundos abismos de exclusión social, violencia cultural y miseria simple y llana. Funcionar allí con reglas democráticas no es una operación automática (no lo es, incluso, en sociedades con una larga tradición liberal). Por ello, la tarea más urgente en la coyuntura actual es lograr la desactivación de todo dispositivo que renuncie a la política en nombre del choque de fuerzas.

Tendencia al posicionamiento de nuevos liderazgos

La quiebra de la partidocracia en América Latina ha significado, simultáneamente, el reforzamiento de la *anti-política* (suerte de frivolidad del espacio público con predominio del discurso del *apoliticismo*) y el *reality show*, la *tele-democracia* y epifenómenos del mismo género. No obstante, en la última década se observa un despeje de ese cuadro con la aparición en escena de liderazgos de nuevo tipo, en parte impulsados por el enorme vacío dejado por la crisis del viejo modelo de partido y en parte, también, por el impacto severo de las nuevas realidades impuestas por la posmodernización de la cultura y la sociedad. La crisis no es sólo de *governabilidad* (que también lo es), está en juego una mezcla muy explosiva de vacío de sentido con brotes espontáneos de prácticas y discursos de nuevo tipo: actores sociales que se inauguran en la escena política; discursos excluidos que pugnan por hacerse visibles; experiencias *micro-físicas* que intentan generalizarse.

El quiebre del bipartidismo —que en el fondo revela la crisis del sistema de intermediaciones en la representación de demandas políticas particulares— abrió las puertas para que un nuevo imaginario político comenzase

a habitar en la consciencia de actores sociales emergentes. La lógica partidocrática significó hasta hace poco el cierre de toda posibilidad de renovación de los sistemas de intermediación. Su bancarrota abre entonces posibilidades nuevas para el surgimiento de esos liderazgos fundados ahora en el desempeño, en la innovación de propuestas, en la recuperación de otras formas de ciudadanía, en la habilitación de nuevos espacios de interacción, en fin, en el rediseño de proyectos (débiles) en los que pueden reconocerse los sueños e intereses de las *cyber-generaciones* que poco tienen que ver con la agenda tradicional de la política.

Al comienzo todo aparece mezclado confusamente. No hay nitidez en esta imagen de un *nuevo liderazgo*. Sólo puede observarse una tendencia titubeante que podría cristalizar con el tiempo, a condición, claro está, de densificar el espesor democrático de las prácticas políticas, la capacidad resolutive sobre problemas de una envergadura descomunal. No está fácil el camino para la instauración de un nuevo tipo de liderazgo en la región. Está abierto, sí, un espacio por efecto del vacío; *llenarlo* no será la acción automática de una pura voluntad. Hará falta una compleja combinación de talento político, solidez teórica y una especial sensibilidad para captar los ruidos de la calle.

Tendencia a fortalecer un centro político

La exacerbación del clima político se produce en esta coyuntura junto a un vaciamiento completo de toda reminiscencia de la misma idea de *centro*. No tanto en el sentido de políticas, grupos u operadores políticos que se definen a sí mismos desde el *centrismo*, sino en la acepción de espesor institucional, zonas neutralizadas, tecno-estructuras que operan por cuenta propia (casi), discursos eclécticos que interpelan desinteresadamente a enormes porciones de la sociedad. Cuando la escena política se perfila con grandes espacios copados por el *centro* (sea en términos programáticos o como efecto de alianzas circunstanciales), entonces la deriva extremista puede tramitarse en el marco de ciertos linderos racionales: la ultraizquierda se confina a vociferar consignas testimoniales en los márgenes del espectro político y la ultraderecha se condena de igual modo a rumiarse sus odios a todo lo que se mueva (pues lo que se mueve podría contribuir eventualmente a propiciar algún cambio), ocupando las orillas del mapa político de la sociedad.

Justamente, en los movimientos que se generan en los alrededores del *centro* es donde se interpela con mayor eficacia las desviaciones extremistas: con sus cargas de intolerancia, ingobernabilidad, violencia gratuita y exclusión. Tal vez por los temores de la lógica de guerra que está a la vista, quizás por la natural desconfianza hacia los viejos aparatos partidistas y, seguramente, por la falta de credibilidad en torno a las políticas oficiales que están en curso, muchísimos sectores se inclinan a abrazar opciones in-

termedias, posturas sensatas y comedidas, actitudes políticas más pragmáticas que apuestan más bien por la búsqueda de salidas realistas y menos interesadas en disputas de *principios*. Desde luego, un *centro* político es producto de largos y complejos procesos de maduración institucional, de acumulación de experiencias (a veces muy costosas), de ampliación constante de la base de cultura democrática que se instala lentamente en la conciencia ciudadana. Por ello no será fácil *decretar* la existencia de un poderoso *centro* político en Venezuela y América Latina con el solo enunciado voluntarista de su conveniencia. Los signos provocados por la crisis, sin embargo, pueden ser alentadores; hay una fuerza *invisible* que podría ser propiciada desde esta tónica política.

Muchos sectores radicales (que no extremistas) pueden apostar a constituirse como la izquierda de ese *centro*. Pero no podrán ahorrarse la tarea previa de contribuir a hacer visible un espacio de contención con efectiva capacidad de neutralización de las tendencias irracionales de las facciones en pugna. No es ésta la única función política del *centro*, pero en la delicadísima coyuntura actual abogaríamos por concentrar allí todo el esfuerzo que pueda desplegarse de inmediato. Hay dispositivos de liquidación del otro activados (esta no es un metáfora, desafortunadamente). Todo lo que pueda hacerse *ya* para neutralizar esos dispositivos será capitalizado más tarde o más temprano como ganancia política de todos.

Tendencia a generar cambios de verdad

Lo peor que puede ocurrirle a un proceso político, cargado de tantas esperanzas de transformación para una inmensa mayoría de ciudadanos, es que la agenda del cambio se esfume por obra de la crisis; que las transformaciones reales no lleguen porque la turbulencia política del momento consume todas las energías de los operadores. Peor aún: puede estar ocurriendo que la sola alusión a propuestas de cambio genere tanto ruido que los activistas se abstienen, no ya de promover discursivamente la idea de cambiar, sino incluso de pensar en el asunto. Esta *pedagogía del olvido* funciona también aquí como mecanismo perverso que coloca el mantenimiento del *status quo* como el *desideratum* de la política. Al comienzo, el asunto parecía demasiado claro: se trata de transformar a fondo una herencia socio-política signada por las más abominables lacras de medio siglo de simulacros, estafas y barbaridades impunemente «normalizadas». La magnitud de la crisis desde donde arranca el proceso de cambios que hoy vivimos era tal que no hizo falta madurar una idea de *proyecto* para luego cuajar un movimiento político triunfante. La crisis habló por sí sola y otorgó a los nuevos actores un mandato (la Constitución) y un poder institucional (el gobierno) como nadie había siquiera soñado (esta es «la revolución que nadie soñó» metafórica por Fernando Mires).

El problema hoy es que esa agenda socializada de los cambios que todo el mundo espera se está evaporando por las urgencias de estabilizar el sistema político que se tambalea. Sin un mínimo de estabilidad socio-política no son gerenciables los cambios. Sin condiciones de gobernabilidad, la agenda de transformación se difiere hasta que vengan mejores tiempos. Dicho de un modo un poco más descarnado: en condiciones en las que no está claro si un gobierno logra sostenerse, se entiende que la discusión sobre los proyectos concretos de transformación parece un lujo intelectual. Es allí donde se instala el reto de hacer pasar —de todos los modos posibles— la necesidad de fundar la acción política, justamente, en la agenda de cambios verdaderos que da sentido al proceso en curso.

La gestión pragmática de la crisis sólo se justifica como un catalizador de cambios reales. Triste sería que todo el potencial político acumulado en este proceso alcance apenas para justificar una gestión de gobierno sin pena ni gloria. Pero sería patético que la conflictividad y la altísima factura política que hoy se paga tenga como contrapartida la *Memoria y Cuenta* del funcionariado de gobierno. Este panorama no es reversible sino a condición de introducir adecuadamente la lógica de los cambios verdaderos en cada ámbito de acción. Ello interpela al quehacer cotidiano de los operadores políticos (que para eso están), pero también interroga directamente al pensamiento político que pretende dar cuenta de la complejidad de estos procesos y, con ello, a los intelectuales, que están en la obligación de hacerse cargo de la orientación trascendente de un proceso atascado, precisamente, por un excesivo pragmatismo.